

"ENTRE LA BOMBA Y DIOS"

PARIS. Comenzó el 10 de julio con una declaración del obispo de Orleáns, monseñor Riobé: «En el momento en que numerosos pueblos expresan sentimientos de desánimo o de rebelión ante la perspectiva de una nueva escalada de las armas nucleares, siento el deber de decir, en mi conciencia de hombre, de cristiano y de obispo, y en pleno acuerdo con múltiples declaraciones de la Iglesia: "No a las armas nucleares", independientemente de toda consideración de orden internacional.

«Ningún interés político o económico de ningún pueblo puede justificar el empleo de la bomba atómica. Alegar que se trata de una fuerza de disuasión significa que existen la intención de utilizarla, y no se puede albergar semejante proyecto (...). Hay que creer en la potencia de los valores morales, en la fuerza de la no violencia. Todos los franceses preocupados por un futuro pacífico deben manifestar de forma eficaz su más enérgica desaprobación de cualquier proyecto de escalada atómica».

Monseñor Riobé lanzó su bomba pastoral en Orleáns cuando las autoridades militares francesas estaban experimentando las suyas —atómicas— en Mururoa. Le contestó inmediatamente el almirante Joybert, jefe de Estado Mayor de la Marina: «Algunas personas, cuya única misión debiera consistir —y qué noble ocupación!— en el cuidado de las almas, cuando se meten en los asuntos militares y otros referentes a la defensa nacional no hacen más que decir tonterías, aunque se trate de personajes mitrados. Pues bien, yo, militar al servicio del Estado y, por consiguiente, del poder político, les digo: "Basta, señores del clero. Océpanse de sus asuntos y no se metan en camisas de once varas"».

Estos son motivos suficientes para lanzar la polémica. El cardenal Guyot, arzobispo de Toulouse; monseñor Le Bourgeois, obispo de Autun; monseñor Chagué, de Lyon, se solidarizan con monseñor Riobé y se declaran partidarios de la no-violencia

«que sale directamente del Evangelio», según el obispo de Autun. El sacerdote Jean Toulat, que había acompañado al general De Bollardiére a las aguas de Mururoa para impedir la explosión de la bomba, contesta al almirante Joybert: «Ocuparse de la bomba, ¿es incompatible con el sacerdocio?». El mismo contesta a esta pregunta citando una frase de Pablo VI: «Se deben tomar toda clase de medidas para impedir la fabricación de armas atómicas». A los oficiales católicos que conoció en Mururoa, Jean Toulat dijo: «Es difícil cantar el domingo "Gloria a Dios y paz a los hombres", y, la semana siguiente, preparar los artefactos destinados a exterminar a esos mismos hombres. Hay que elegir: la bomba o Dios».

El almirante Joybert matiza entonces su enérgica intervención anterior, y declara: «Esos eclesiásticos piensan que poseen el monopolio del odio por la guerra. Ningún francés la desea (...), pero es preferible impedir una invasión a tener que expulsar luego al invasor. Algunos miembros de la Iglesia piensan que es mejor suprimir las Fuerzas Armadas, aunque haya que combatir después a los invasores desde dentro. Mi opinión es diferente».

Estando así las cosas, era necesario un «mediador». Intervino entonces el cardenal Daniélou, y su condición de jesuita le llevó con toda naturalidad a matizar las asperezas: «No se le puede negar a un país el derecho de tener un armamento moderno. Pueden existir discusiones, incluso en los círculos militares, sobre las modalidades de la defensa, sobre la utilidad y eficacia del arma nuclear francesa. En este terreno, como recuerda el documento del Episcopado sobre la Iglesia y la política, los cristianos son muy libres de pensar como quieren. Un católico puede defender las tesis de monseñor Riobé, pero también de tomar la posición contraria. Se trata de un problema personal, no de una posición de la Iglesia». Concluye el cardenal diciendo que «la Iglesia debe estar al servicio de la paz, luchando para que los conflictos, que no pueden de-

jar de existir entre las naciones, encuentren soluciones pacíficas. Luchar contra la carrera hacia el armamento es una forma de luchar por la paz». Y Daniélou matiza de nuevo inmediatamente: De todas formas, él no se hubiera negado, como el arzobispo de París, monseñor Marty, a asistir al desfile del 14 de julio, porque «es un deber de la Iglesia respetar al Ejército», y, además, «le gustan mucho los desfiles militares».

A nadie apacigua Daniélou. La respuesta militar llega, como un cañonazo clásico, del coronel de Bonneval, que invoca su catolicismo, sus ocho hijos, su pasado de resistente y de deportado por los nazis, así como los veinte años pasados como ayuda de campo del general De Gaulle: «Desde hace sesenta y dos años me esfuerzo en conciliar mis actos con la fe. Siempre respeté e hice respetar a la jerarquía católica. Pero hoy la indignación me hace salir de mi silencio» (...). «La actitud de ciertos miembros de la alta jerarquía me recuerda —en sentido contrario— a la de algunos de sus antecesores en 1939-45. En aquella época habían sostenido al "régimen de Vichy" (...). Los graves errores de esos miembros de la alta jerarquía llevaron a una élite, a una juventud, a enfrentarse a Francia, encarnada por el general De Gaulle, combatido hasta la muerte, aunque el motivo de ese "odio" no tuviera nada que ver con la fe cristiana. Después de recordarles este pasado reciente, un poco de prudencia en sus opiniones sobre temas nacionales estaría más de acuerdo con la tradición de la Iglesia de Francia».

Interviene también la prensa. El sensacionalista y derechista «Paris-Match» cree que «a un clericalismo de derechas no muy lejano sucede ahora un clericalismo de izquierda tan peligroso como el otro, que puede ser perjudicial a la Iglesia debido a su costumbre secular de perder trenes»; mientras que «L'Express», más centrista, afirma que «cuanto más ruido provoca la polémica entre la Iglesia y el Ejército, más subraya la Iglesia lo que

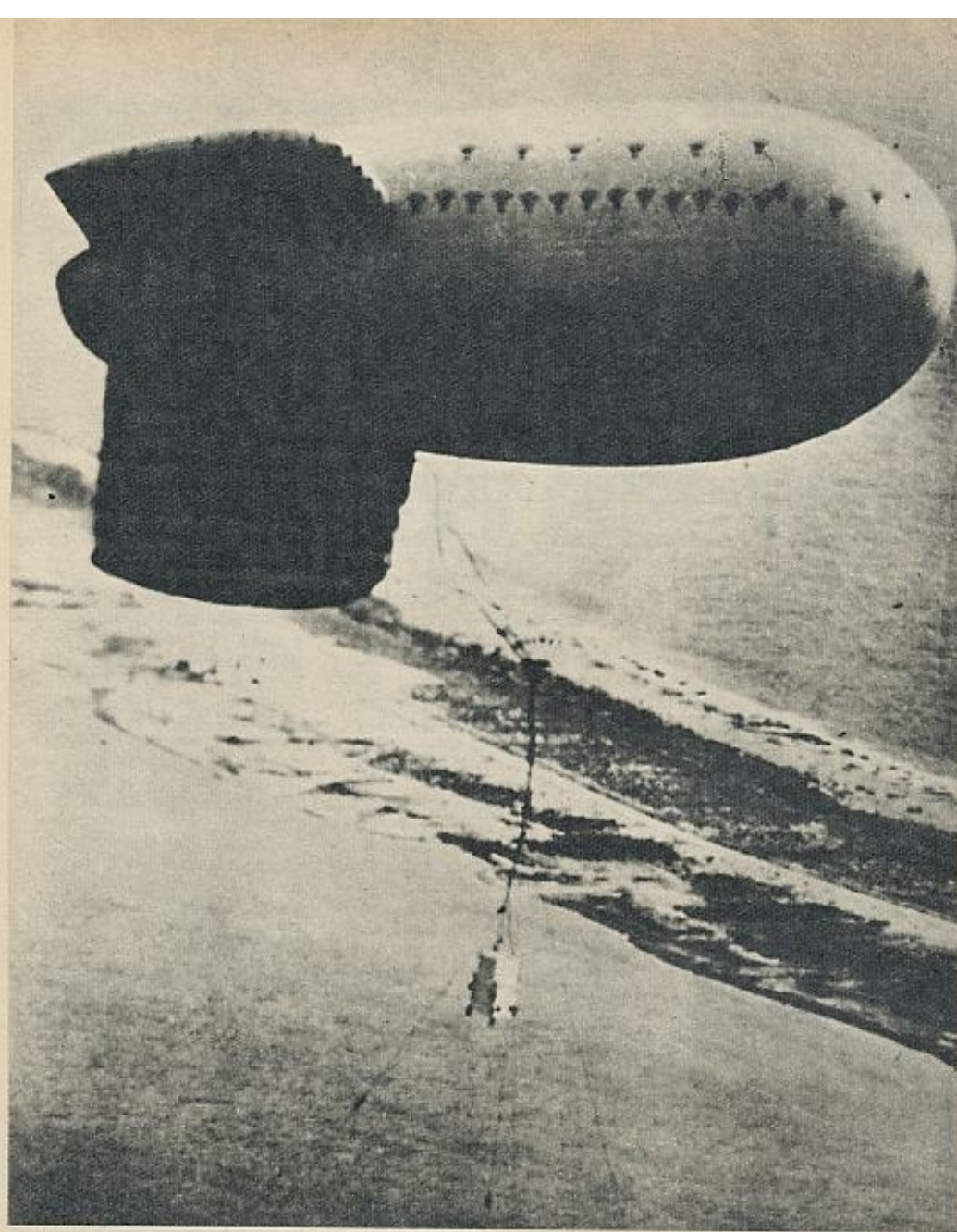
constituye hoy, en realidad, el deseco profundo de la mayoría del Episcopado francés; demostrar que la Iglesia ha dejado de ser el instrumento del mantenimiento del orden en la sociedad». El semanario cristiano gaullista «Le Point» intenta aclarar el debate solicitando a los dos antagonistas que definan sus actitudes: «Sería conveniente que la Iglesia, si se niega ahora a seguir asumiendo el papel que desempeñó durante tanto tiempo en la sociedad francesa, explique claramente sus razones. De la misma forma convendría que los militares expongan las suyas, en lugar de rehuir el debate arguyendo la incompetencia de sus interlocutores. En definitiva, este debate sería útil si obligase a los franceses a preferir la discusión a la excomunicación».

En el centro

La polémica cala en la opinión pública. Los oficiales católicos, molestos porque comprueban «la incompreensión, incluso la agresividad de cristianos hacia nosotros (...) y nos preguntan cómo se puede ser militar y católico a la vez», deciden crear un grupo de estudios para elaborar una doctrina que concilie su fe y su oficio basándose también en una declaración del Concilio: «No se puede negar a los Gobiernos, una vez agotadas todas las posibilidades de un arreglo pacífico, el derecho de legítima defensa».

La «Revista de la Defensa Nacional» acaba de publicar las reflexiones de estos oficiales católicos. Se trata de un largo texto en el que se abordan los temas del armamento atómico, del mantenimiento del orden, de la guerra subversiva, de la tortura y otros problemas actuales. En su intento de conciliar a las dos partes, se considera en general que los oficiales católicos han adoptado una actitud «centrista».

Las dos tendencias que se afrontan (la no-violencia y la aceptación de una defensa basada en el principio «del mal menor») «son igual y simultáneamente aceptables: la no-violencia, como actitud profética anunciadora del advenimiento del Rei-



no de Dios y estimulante necesario de la reflexión, y la otra, la de los hombres de acción que no vacilan en mancharse las manos como defensores, hoy, de las condiciones de evolución de la sociedad en la libertad hacia ese mismo advenimiento del Reino de Dios. La actual relación de fuerzas en Francia permite, al parecer, el mantenimiento de una capacidad de defensa suficiente y la existencia de un número importante de centros de contestación que den vida a una oposición necesaria, creadora de problemas que conviene formular permanentemente si se quiere evitar el perder de vista los objetivos finales esenciales».

Aplicando este principio a la fuerza atómica, los oficiales católicos creen que no se puede con-

siderar ésta como una solución definitiva: «Su aceptación actual debe ir acompañada por un rechazo a largo plazo que, a la vez, se debe traducir en una actitud capaz de hacer evolucionar al mundo para que se instale una paz verdadera, basada en el amor y no en el miedo».

El documento rechaza la guerra subversiva, «que repugna, naturalmente, a los militares», y aborda luego el problema básico de la validez de la sociedad que defienden: «¿Es defendible el orden que tenemos que defender? Dicho de otra forma: ¿este orden es aceptable y perfectible y representa un bien superior al caos que provocaría su destrucción y es, sobre todo, superior al que trata de sustituirlo, o bien, al contrario, el orden que tenemos

que destruir es indefendible en relación al otro, al cual aspiramos?».

En este aspecto del mantenimiento del orden los oficiales católicos añaden: «es una misión particular y marginal para el Ejército (...); se trata de una misión difícil, pero si en caso de crisis la Policía resulta insuficiente, sólo puede ser realizada por las Fuerzas Armadas. Los militares saben también que si los jefes la han aceptado, no deben colocarse en situaciones que tendrán que lamentar un día. Es un problema de confianza en el juicio de los que tienen la responsabilidad del mando».

Y en esto llegó lo de Chile, obligando a ampliar el debate con la intervención del Partido Socialista. De repente, la izquierda

descubre que no tiene una política militar, y que su programa común sólo prevé «la supresión del Ejército profesional», en forma bastante vaga. La revista «Frontières», del PS, lo reconoce: «Se debe (la falta de una política militar) en parte a su tradición y también a la dificultad de debatir hoy los problemas concretos que tendrá que afrontar la izquierda cuando suba al poder». La revista preconiza la elaboración de una política, «condición necesaria para el acercamiento a la izquierda de una parte del Cuerpo de oficiales». «Sin este acercamiento —añade—, la modificación de la relación de fuerzas necesaria a la transformación revolucionaria será siempre difícil y peligrosa. No hay que olvidar la lección de mayo del 68».

«La función del servicio militar —escribe Alain Joxe en "Frontières"— no ha consistido desde hace varias generaciones en garantizar el éxito de guerras exteriores que hemos perdido, sino en asegurar, por el aprendizaje de la disciplina y la represión, la reproducción del factor trabajo del capital en el interior y fuera del territorio metropolitano, y neutralizar, en caso de crisis grave, bajo un régimen de excepción de tipo fascista, a una parte de la población activa masculina».

«El Ejército francés no está al servicio del capitalismo, está al servicio de la nación para garantizar su independencia», contestó inmediatamente el Jefe de Estado Mayor de los tres Ejércitos, general Maurin. Interrogado por Radio Europa si puede existir en el seno del Ejército francés un general Pinochet, añadió: «Creo que la situación en Francia no es comparable a la de Chile (...). El Ejército francés está bajo las órdenes del Presidente de la República, elegido por el pueblo francés y no bajo las órdenes de un partido o de una fracción de la sociedad». Concluyó diciendo que si un país quiere desempeñar un papel en el mundo debe disponer de un «potencial militar indiscutible (...), sea cual fuere el régimen que se encuentre en el poder», y que «no existe en Francia una personalidad decidida a destruir los depósitos nucleares que existen actualmente».

La doble polémica no hace más que empezar. Continuará... ■
RAMON CHAO.